

---

HIC SVNT DRACONES

# QUO VADIS / QUIS DUCIT

*¿Hacia dónde vamos? ¿Quién conduce?*

---

Mariano Boiero

AGO · MMXXVI

---

Hay ciclos en la historia que no se anuncian. Se reconocen cuando ya empezaron y se comprenden cuando casi terminaron. William Strauss y Neil Howe propusieron uno de esos patrones con una audacia que todavía genera debate. Observaron que la historia angloamericana parecía recorrer ciclos de unos ochenta o noventa años atravesando cuatro etapas sucesivas antes de dar paso a un nuevo orden. Lo llamaron El Cuarto Giro. Su hipótesis sigue siendo discutida, pero resulta inquietantemente compatible con muchos rasgos del presente: si están en lo cierto, probablemente estemos transitando ese invierno histórico. El problema es que esta vez los vectores que lo aceleran son cualitativamente distintos a los de cualquier ciclo anterior. Y eso hace que la promesa de la primavera sea, por primera vez, genuinamente incierta.

Porque lo que está en juego no es solo si el ciclo se cierra. Es si tenemos la capacidad de orientarnos mientras se cierra.

Antonio Gramsci lo anticipó desde una celda, mirando otro interregno: "El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos." No lo dijo como metáfora literaria. Lo dijo como descripción política de lo que ocurre cuando un orden se disuelve antes de que el siguiente tenga forma. Los monstruos no son la causa del interregno. Son su producto más visible. Y su función no es destruir — es ocupar el vacío que deja la orientación perdida.

Lo que vivimos no es colapso. Es deconstrucción en curso. Más parecido a un edificio que se vuelve inhabitable que a uno que se derrumba: la gente lo va abandonando, otros ocupan los espacios vacíos, y en algún momento ya nadie recuerda para qué servía. Sin fecha exacta de quiebre. Sin momento dramático de ruptura. Pero con ganadores y perdedores que se van definiendo todos los días, mientras el proceso avanza y los sistemas que alguna vez ofrecieron orientación colectiva se vacían de contenido real.

---

## LA ARQUITECTURA DEL 20/80

En 1995, una reunión de expertos convocada en San Francisco para pensar el siglo que venía produjo una interpretación que Hans-Peter Martin y Harald Schumann popularizaron en *La trampa de la globalización*: la economía global del futuro necesitaría apenas el veinte por ciento de la población activa para funcionar. El ochenta por ciento restante sobraría.

No como metáfora. Como proyección estructural.

---

Tres décadas después, esa arquitectura se completó de una manera que involucra tres procesos distintos pero inseparables. La automatización, desacoplando la creación de riqueza del trabajo humano. La concentración patrimonial, llevando a que diez individuos acumulen más capital que el producto bruto de la mayoría de los países. Y la captura política, haciendo que las decisiones que afectan a miles de millones se tomen en salas a las que la mayoría no accede, donde una minoría opera sin control democrático, respondiendo únicamente a sus propios intereses.

No son tres fenómenos paralelos. Son el mismo proceso visto desde tres ángulos: económico, financiero y político. Y se retroalimentan. No es un juicio moral sobre los actores — es una descripción estructural de un proceso que ocurrió porque nadie diseñó los límites para impedirlo.

Los Estados que deberían regularla son exactamente los que acumulan capas de reformas sin depuración, ministerios que nacen al ritmo de las urgencias electorales, sistemas que no hablan entre sí. Cuerpos institucionales que no pueden contener lo que no entienden, y que no tienen voluntad política para intentarlo. El círculo se cierra solo: el Estado roto no puede contener al poder concentrado. El poder concentrado no tiene incentivo para autorregularse. Y la deconstrucción avanza mientras los que tienen orientación acumulan ventaja todos los días sobre los que la perdieron.

---

## EL ALTAR Y LA CATARSIS

En ese vacío aparecen los sacerdotes del enojo. No los arquitectos del futuro — los administradores de la furia presente.

La nueva derecha que está redibujando el mapa político de América Latina y de buena parte del mundo occidental no es la causa del interregno. Es su producto más visible. Encarna el enojo, la frustración y el miedo de ciudadanías hastiadas por décadas de promesas incumplidas, y ofrece algo que la política tradicional dejó de proveer: un altar donde sacrificar y hacer catarsis.

El sacrificio cambia de nombre según el país. La casta, las pandillas, el globalismo, la ideología de género. Lo que no cambia es la función: darle al enojo una dirección que no cuestione la concentración de poder real. Que no pregunte quién decide, ni sobre qué principios, ni respondiendo a quién.

---

La pregunta incómoda — la que el altar evita — es si detrás de la catarsis hay un camino. No un chivo expiatorio sino una arquitectura. No un enemigo sino un proyecto. Y ahí, con honestidad, la respuesta es dudosa. El enojo es real. La frustración es legítima. Pero canalizar no es construir. Y el interregno no se atraviesa con rituales de purificación. Se atraviesa con orientación.

---

## EL IDIOTA, EL HÉROE Y LA BRÚJULA

Los griegos tenían una palabra para el que se retira de lo público y vive encerrado en lo privado: idiotas. No era un insulto sobre la inteligencia. Era una descripción política: el que ya no participa, el que dejó de importarle el proyecto común, el que cambió la ciudadanía por la comodidad.

La paradoja del ciclo que vivimos es que el proceso de las últimas décadas fue produciendo, silenciosamente, sociedades de idiotas en ese sentido preciso. No por maldad sino por lógica: cuando el horizonte colectivo se vacía, cuando el sacrificio presente ya no está justificado por ninguna promesa creíble de futuro compartido, lo racional es retirarse. Y ahí está el problema estructural más profundo del interregno: el momento histórico que más exige ciudadanos con proyecto colectivo es exactamente el que menos los tiene disponibles.

Strauss y Howe esperaban que de la Crisis emergiera una generación heroica. Puede ocurrir. Pero el héroe necesita sociedad donde pararse. Y la sociedad que el interregno heredó tiene los músculos atrofiados de décadas sin ejercicio colectivo.

La pregunta entonces no es si va a aparecer el conductor. Es quién está formando a los que van a conducir en un contexto para el que no existe manual. Y si ese proceso de formación está ocurriendo, dónde y con qué referencias.

Porque no va a haber mapa. No va a haber línea recta ni camino sinuoso predecible. Vamos a tierras salvajes — y la diferencia entre atravesarlas con algo de dignidad o reproducir el salvaje oeste no depende del coraje del líder. Depende de si tiene brújula.

No una brújula que use el magnetismo de los viejos nortes — el crecimiento ilimitado, el progreso lineal, la promesa de que el esfuerzo individual garantiza el bienestar colectivo. Esos campos magnéticos se agotaron. La brújula que el interregno exige usa otras referencias: capacidad de leer contextos sin manual, de decidir con información incompleta, de sostener lo que se crea en lugar de huir cuando empieza a moverse.

Eso no surge solo. Se forma. O no se forma. Y esa es la decisión que el interregno nos está exigiendo ahora, no después.

---

## LA PUERTA

No sabemos qué hay detrás. Pero sabemos cuál puerta se va a abrir.

La que obliga a construir nuevas referencias para orientarse. No porque seamos buenos. Sino porque no va a quedar otra. Cuando el mapa desaparece, cuando el altar no alcanza y el edificio se vuelve inhabitable, lo único que permite moverse es la orientación.

La historia no garantiza la primavera. Solo garantiza que alguien tendrá que construirla. Y la única pregunta que todavía podemos responder — la única sobre la que todavía tenemos algo de control — es si ese alguien está siendo formado para estar ahí.

O si también esta vez vamos a esperar que el claroscuro nos enseñe lo que no aprendimos cuando todavía había luz.

---

*Entro donde el mapa dice 'dragones'.*